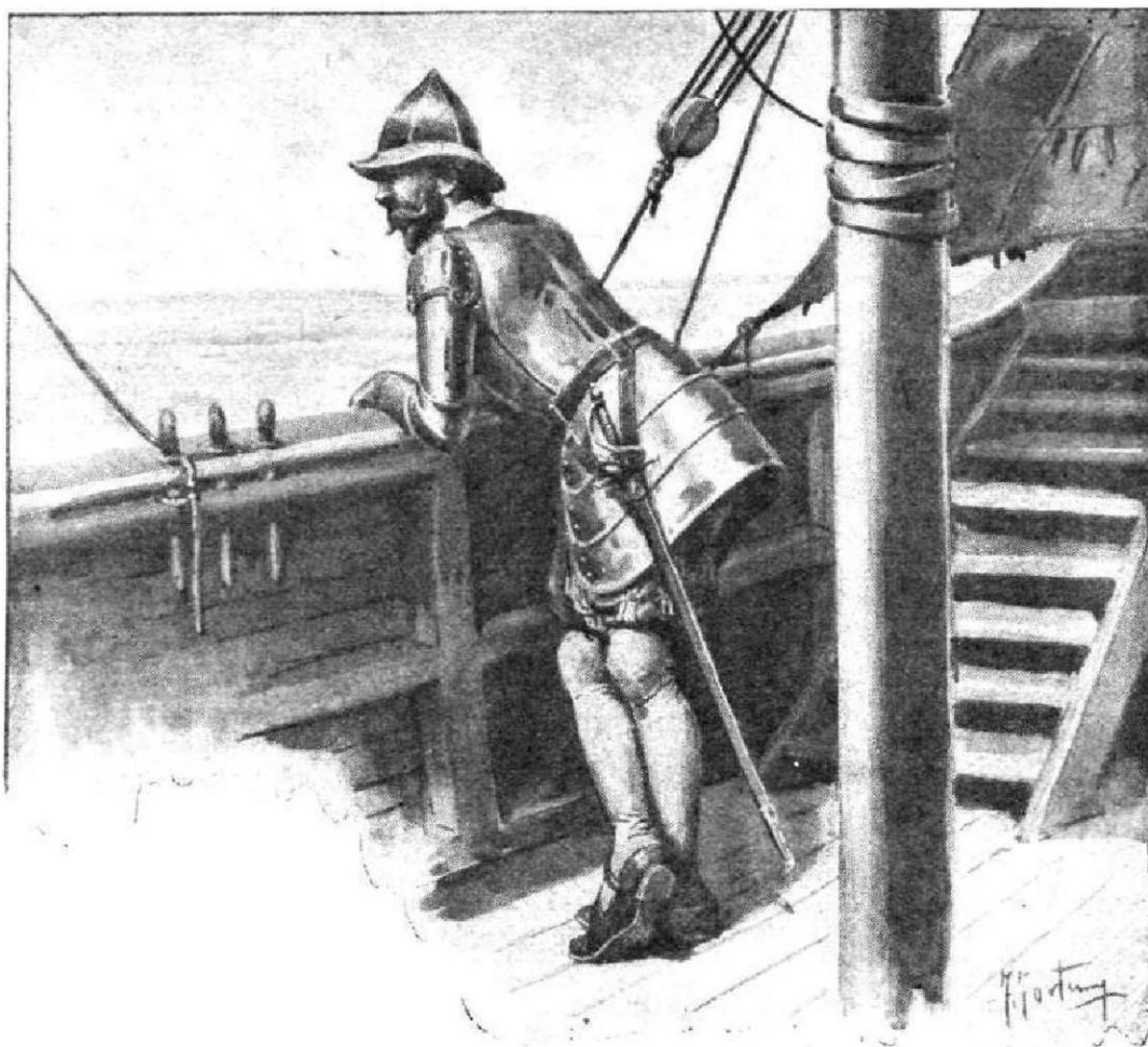


ROBERTO J. PAYRO
LOS TESOROS DEL REY BLANCO



Cuentan viejas crónicas que entre las gentes de Gaboto (**Nota** : o Caboto), cuando su expedición a las bíblicas islas de Tharsis (**Nota**) y Ofir (**Nota**), terminada luego en tierra americana, distinguíase un capitán mozo, audaz, valiente y con el raro don de ganarse la voluntad de grandes y pequeños. Decíase de Córdoba pero muchos le creían portugués. No mal parecido, el capitán Francisco César era recio de hombros, vigoroso de músculos, atezado de cara, brusco de ademanes, ojinegro, bien barbado, de larga y lacia cabellera. El capitán general le tenía en mucho por sus evidentes prendas y porque siempre se mostró fiel subordinado en las graves disensiones con los segundos de la armada. Ambicioso, Francisco César podía, gracias a su carácter al propio tiempo disciplinado y decidido, amoldarse a las voluntades y aun a los caprichos del huraño y autoritario general, sin dejar de perseguir por eso sus miras de fortuna y de grandeza.

Y aquel día luminoso y cálido de febrero de 1527, de codos en la borda de la galeota construída con tanto esfuerzo en la isla de Santa Catalina, el capitán Francisco César parecía embebido en la contemplación del mar, rizado apenas por la brisa, pero no era hombre de

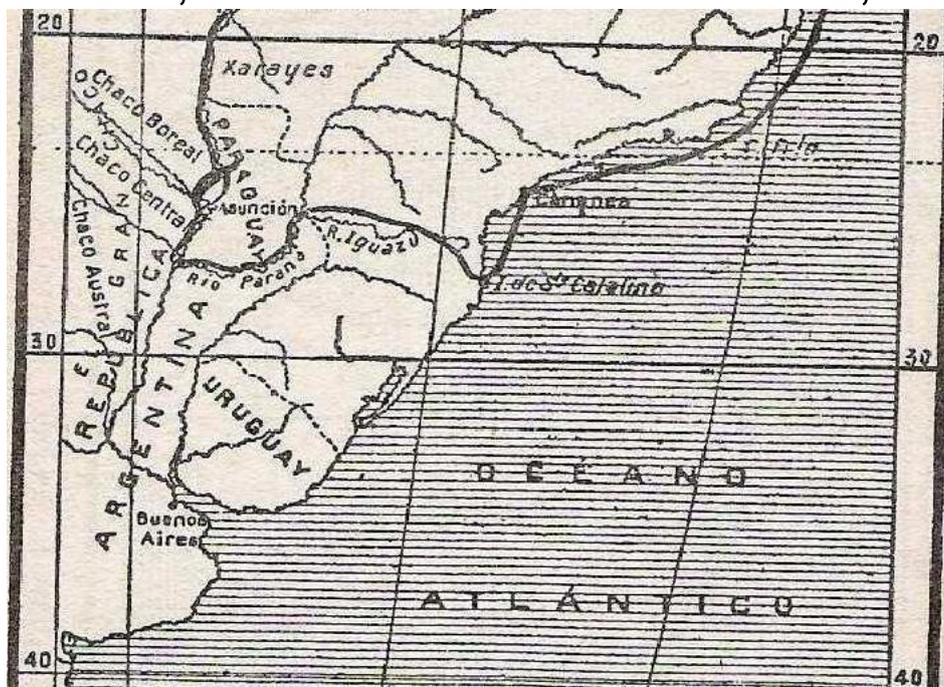


interesarse ante un cuadro que para sus ojos era siempre más o menos el mismo. No. Pasaba mental revista a los sucesos acaecidos desde que la armada zarpó de Sanlúcar (**Nota** : de



Barrameda), hacía once meses ya : la intentona

contra la autoridad de Caboto en la recalada de Las Palmas ; el fantasma de la sed mientras navegaban rumbo a Pernambuco ; el encuentro en este puerto de Juan Gómez, uno de los hombres de Solís (**Nota** : Juan Díaz), que le había contado maravillas de las tierras del Mar Dulce (**Nota**) ; la recrudescencia de las discordias intestinas, y, como resultado, la prisión de Francisco Roxas (**Nota** : o de Rojas), capitán de la **Trinidad**; el tiempo que los tomó pasada la isla de Mal Abrigo, la fatal encalladura de la **Victoria**, la capitana, cargada de víveres y pertrechos, en el Puerto de los Patos (**Nota**) ; la prisión, bien merecida a su juicio, del teniente general Martín Méndez y del piloto Miguel de Rodas, culpables del naufragio ; la construcción, en la isla de Santa Catalina,



para remediar siquiera en parte la falta de la **Victoria**, de la galeota en que a la sazón navegaba y, por último, la llegada a la isla de otros

hombres de Solís, Enrique Montes y Melchor Ramírez, quienes confirmaban y aun abultaban las portentosas noticias oídas en Pernambuco de labios de Juan Gómez.

Allá en Santa Catalina quedaban entregados a su suerte los antes ensoberbecidos Roxas, Mendez y Rodas. Cruel era el abandono, pero desde el destierro no volverían, con desaciertos, intrigas e insubordinaciones, a comprometer la tranquilidad y la autoridad del capitán general. Era mucho hombre Caboto, y por fuerte que los otros se creyeran, no habían podido con su mano de hierro. Si salieron, como era voz pública, confabulados de Sevilla, no habían contado con la huéspedada, y ahora las pagaban ... Pero ¡allá ellos! Que perecieran o no de necesidad entre los salvajes, su infortunio sólo importaba a César como ejemplo y admonición. Cada cual en su sitio, y el jefe sobre todos. Así lo había entendido siempre, y entendiéndolo así deseaba la venia de Caboto para acometer la empresa que llevaba clavada en el cerebro desde que escuchó el relato de los hombres de Solís.

Más que los otros había interesado el andaluz Enrique Montes, cuya labia inagotable le embelesaba evocando las riquezas de una tierra situada hacia la parte en que los indios asesinaron, y diz que se comieron, a Bofes de Bagazo (**Nota** : Solís). En diez larguísimos años de permanencia en aquellos parajes, Montes



había tenido tiempo de sobra para aprender la lengua de los indios, granjearse la amistad y la confianza de muchos, entre las mujeres sobre todo, y descubrir pacientemente sus más ocultos secretos. Así sabía de esas grandes riquezas, de esos inmensos tesoros, mejor dicho. Y no se trataba de patrañas ¡vive Dios! porque cinco cristianos descubridores de esa tierra le habían certificado la noticia, dándole como prueba joyas y pedrería, coronas de plata, collares con planchas de oro, arracadas pesadísimas, ceñidores de oro y plata ... Desgraciadamente, el país era de difícil acceso, pues entre éste y la costa vagaban belicosos linajes de indios, hostilizando con saña cruel a los intrusos. Hallábase, además, bastante lejos, pero, una vez evitado o vencido el enemigo, se llegaba a una ciudad opulenta y populosa, gobernada por un Rey Blanco y barbudo, y cuyos habitantes, hombres y mujeres, vestían a la usanza española.

Algo semejante había ya oído en Pernambuco; lo mismo repetía Ramírez ; pero César seguía abrigando sus dudas, y preguntó a Montes si había visto realmente las joyas en cuestión, y oído la noticia de boca de los mismos descubridores.

- *Cuanto a lo de ver las joyas, bien que las he visto con mis propios ojos, y palpado con mis propias manos, como que algunas de ellas están todavía en mi poder y las tengo votadas a Nuestra Señora de Guadalupe – había contestado el andaluz –. Cuanto a oír la noticia de su misma boca, no, porque allí se están pasando la vida tan regaladamente y sin intenciones de volver. Pero tanto monta, porque a mí y a otros camaradas, como Ramírez, que no me dejará mentir, nos han mandado misivas para que nos juntemos a ellos, señalándonos el camino más fácil y seguro, y enviándonos esas parvedades de plata y oro, para hacernos ir entrando en gana.*
- *¿Parvedades, dices ?*
- *¡Comparado con todo lo que allí queda ! ...*
- *¿Y cómo no corrísteis ambos en su busca ? – preguntó César, asombrado de que prefiriesen vegetar en aquella tierra, rodeados de bárbaros y sin más sustento que las frutas silvestres y lo cobrado en la caza.*

Sin muchos circunloquios, pero sin mucho acento de sinceridad, Montes contestó que aquella vida tranquila y holgazana era más de su gusto

que los azares de guerras, descubrimientos y conquistas.



- *Cuando, muerto el desventurado Bofes, que Dios tenga en la gloria, nos volvíamos a España, y mi carabela naufragó en una punta de esta mismísima insula, yo y otro compañero, bien tratados por los naturales sin necesidad de rigor, nos quedamos con ellos, porque más vale comer aquí que ayunar en Sanlúcar o en Sevilla. ¡Vive Dios que hicimos bien! Yo me contento con poco, y nada me falta gracias a la Virgen. Para quien guste de faldas, aquí sobran mujeres, aunque no las lleven, a decir verdad. Abundan la caza y la pesca. Allá en tierra firme, donde acostumbro vivir, las ramas se quiebran al peso del fruto, y una hamaca de red al modo indiano, y algunas hojas mal entretejidas para defenderse del sol, de la lluvia y del rocío, valen por un palacio en otras tierras.*

Y siguió diciendo que no temía a los salvajes, ¡qué había de temerlos, vaya! Más de una vez, en sus cacerías, dió cara a los guerreros que viven hacia la ciudad de los tesoros y que recorren continuamente el país asesinando a cuantos, indios o cristianos, se aventuran en él. Pero prefería la paz y el ocio en parajes donde, ni envidioso ni envidiado, nadie era ni más pobre ni más rico que él. Por un puñado de oro, completamente inútil allí, no estaba dispuesto a correr la suerte de los cristianos que, volviendo de los dominios del Rey Blanco cargados de botín y con copia de esclavos hechos en el camino, perecieron pocos meses antes a manos de los de tierra adentro quienes, después de mutilarlos y degollarlos, libertaron a los esclavos para que divulgaran por todas partes el terrible escarmiento.

- *Bien está San Pedro en Roma – concluyó Montes ... – Y bien me estoy yo aquí. No quiero gato con pollos ni perro con cencerro (Nota: Gonzalo de Correas, 1627). Pero vosotros que sois muchos, vais bien armados y corréis ciegos, como corríamos nosotros con Bofes de Bagazo, en busca de riquezas, no tenéis más sino emprender esa conquista, seguros de lograrla.*
- *Si el general quisiera tentar fortuna, cosa que no entra en lo imposible – había replicado César –, bien podrías tú venirte con nosotros y servirnos de lengua y guía hasta donde mora*

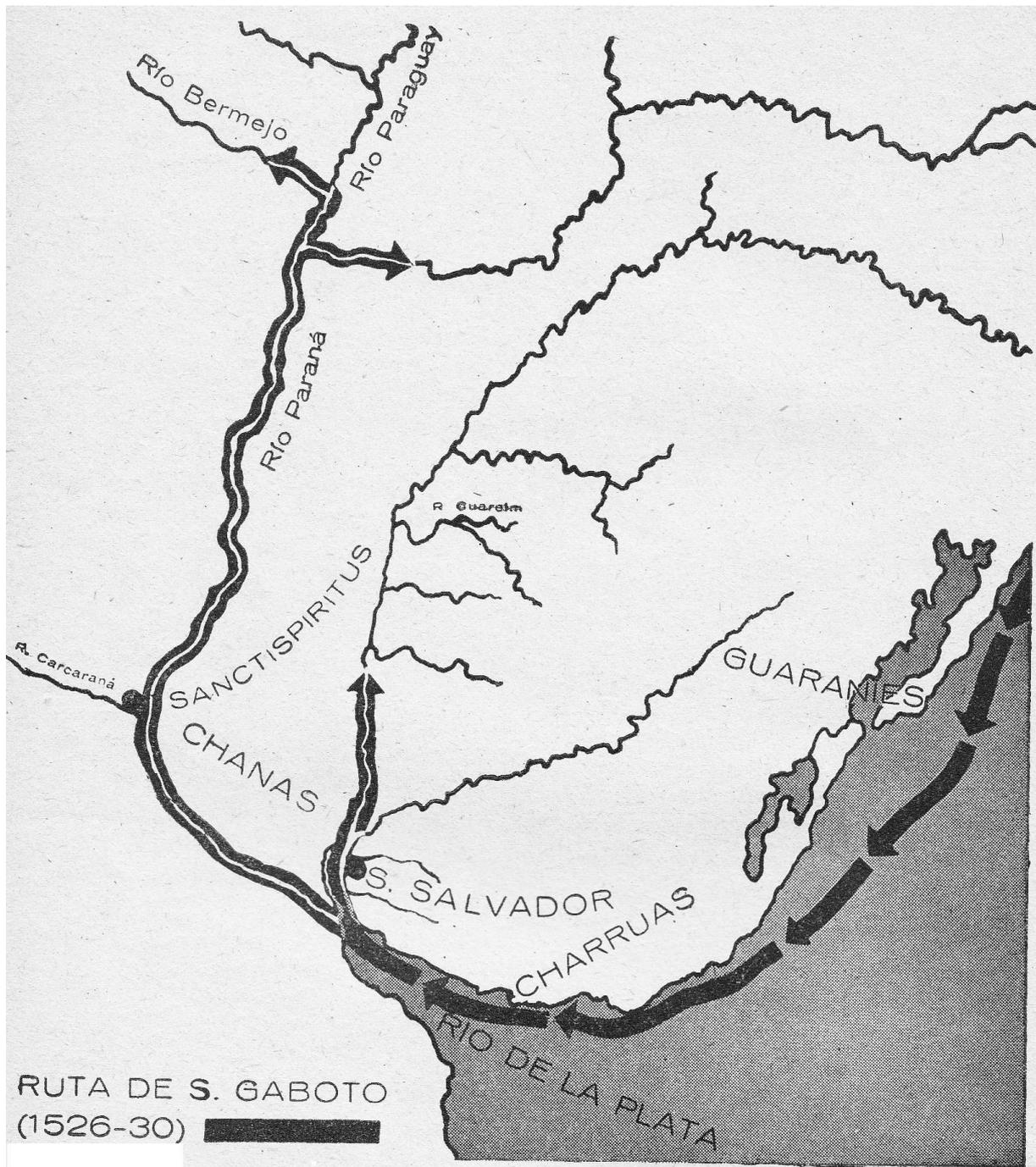
ese Rey Blanco que ¡vive diez que a mí me va pareciendo amarillo de oro! ¡No te pesaría, voto al chápiro!

- *¡No en mis días! Ya dije que bien se está San Pedro ... y cada raposa cuida de su cola ...*

- *¿Ni aún con buen golpe de gente de empuje ?*
Relampaguearon los ojos del andaluz pero

eludó la respuesta y continuó :

- *Cuanto a vosotros, básteos saber que en llegando al río donde asesinaron a Solís y entrando en él, toparéis con otro caudalósísimo que los naturales dicen Paraná... De la costa de este río, debéis echar*



La ruta de S. Gaboto en el Río de la Plata y el Río Paraná.

hacia poniente, algo al norte, y seguir andando muchas jornadas, hasta dar en unas sierras muy empinadas que se extienden por espacio de doscientas leguas y más ... Pues, las faldas de estos montes están cuajadas de minas de oro, de plata y de un metal desconocido que tengo por

más precioso todavía. Son minas a cielo abierto, y si llegáis con bien no tendréis sino que agacharos y recoger metales hasta cargar las naos de la quilla a la perilla ...

César recordaba estas y otras pláticas con tal intensidad que, mirando distraidamente el manso oleaje desde la borda de la galeota, veía surgir del seno del mar las altas montañas con las minas opulentas abiertas como heridas en sus flancos. Luego repasaba en la memoria el interrogatorio a que don Sebastián había sometido en su presencia al andaluz, cuando le llegó el eco de sus historias, repetidas y comentadas por la tripulación entera, desde los oficiales hasta los grumetes, cuyo único tema de conversación era el país portentoso donde mandaba el Rey Blanco y barbudo, vestido a la española, empuñando cetro y ciñendo corona, como el mismísimo Emperador... César presente, Enrique Montes repitió a Caboto, que interesado y cejijunto se acariciaba las luengas barbas, cuanto había dicho a los demás, con algunas añadiduras y amplificaciones enderezadas, intencionalmente o no, a enardecer el entusiasmo del viejo marino. Y – extremo a que hasta entonces no había llegado con nadie – Montes sacó del pecho, como irrefutable prueba de veracidad, algunos objetos que a prevención llevaba entre las carnes y la andrajosa camisa. Don Sebastián, reconcentrado, examinó una por una las prendas, que consistían



en un trozo de diadema o cosa así de plata con aplicaciones del mismo metal curiosamente trabajadas, una larga banda de oro batido y flexible – brazalete sin duda –, una ajorca de oro liso, una plancha redonda de oro batido, en la que se veía de relieve la figura de un hombre cuya cabeza sobresaliente formaba uno a modo de mango, y por último un largo y grueso alfiler rematado en ancha paleta con burilados y extraños dibujos remedando un lagarto o una sierpe.

- Cuatro meses ha – seguía diciendo el andaluz – *Rodrigo de Acuña* hubo de llevarse a España hasta dos arrobas y más de oro purísimo, de muchos quilates, que le venía del Rey Blanco. Pero Dios quiso que el batel que

lo llevaba a la nao zozobrara con la mar tan brava, y ahí se está el oro en el fondo del agua, lo que es mucho de sentir, con algunos cristianos que también se llevó Pateta ...

El capitán Francisco César observaba entretanto avizoramente la cerrada fisonomía de Caboto, su ancha y gruesa nariz, sus labios delgados, sus ojos penetrantes ; pero, salvo



quizás un centelleo que cruzó por éstos, el rostro del mareante siguió hermético y adusto, sin la más leve palpitación de las narices, sin el más ligero gesto de la boca. Y, con gárrula verbosidad, Montes encarecía aún la extraordinaria abundancia de objetos semejantes, y de otros mayores y más ricos, así como de metales purísimos en su natural estado, ya en forma de pepitas y arenillas de oro, ya incrustados en la piedra, ya en gordas vetas compactas a las que no se veía fin, ya en enormes rimeros amontonados junto a las minas, porque los vasallos del Rey Blanco solían extraerlos para ciertos usos, pero sin atribuirles mayor valor que a los guijarros con que

encendían el fuego o hacían las puntas de sus flechas ...

Dudoso de que la impasibilidad del capitán general respondiese a una indiferencia inverosímil en quien se preparaba a surcar mares desconocidos desafiando peligros de todo género, en busca de esa Tharsis y esa Ofir quizá tragadas por el Océano desde los tiempos del rey Salomón, César creyó oportuno echar una sonda, y exclamó con acento de entusiasmo, provocando indirectamente una réplica:

- *¡Pues tales riquezas tenemos a la mano, el despreciarlas no merecería perdón de Dios !*

Mirólo fijamente don Sebastián, y devolviendo a Montes, con ademán de despedida, las prendas que examinaba :

- *No es ése mi camino* – se limitó a decir.

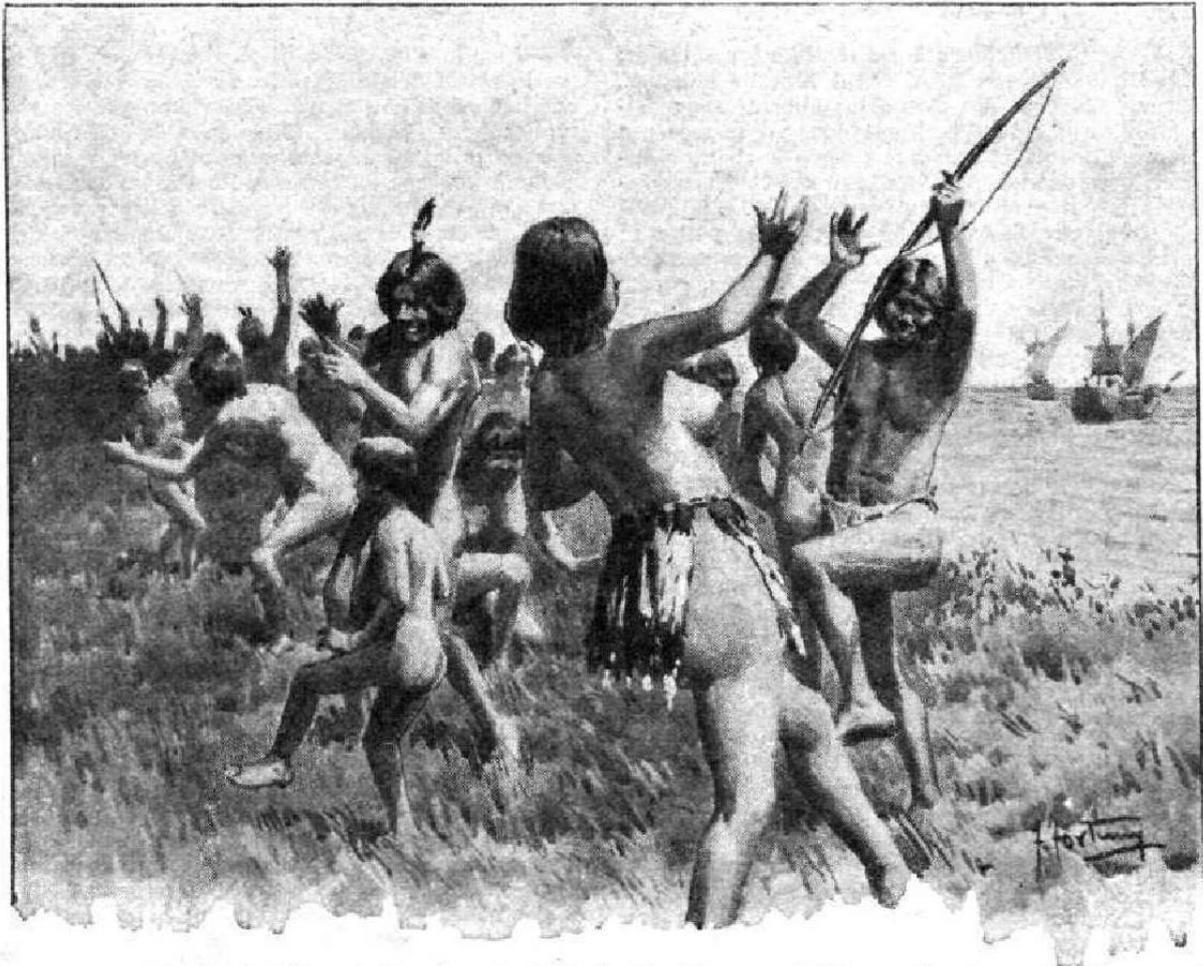
Calló César. Caboto no volvió a interrogar a Montes ni hizo la menor alusión a sus maravillosas historias. ¿Las creía fábulas ? ¿Consideraba impedimento capital para cambiar de plan sus precisas capitulaciones con el Emperador ? César no podía adivinarlo, ni advertía el menor indicio que le permitiera colegir los propósitos de su capitán.

Una tarde, sin embargo, a riesgo de encolerizar al irascible Caboto, repitió, insinuante, un pensamiento recogido de sus propios labios : Debían, es verdad, seguir la ruta del portugués Magallanes, pasar al Mar del Sur y navegar luego

rumbo al norte en demanda de las « *ínsulas salomónicas* » (acentuó socarronamente estas palabrejas), pues tal era lo capitulado con el Emperador y Rey ; pero ¿quién puede asegurar que más al norte del Estrecho no haya un paso por lo menos tan accesible como el del portugués, y que economizaría largas y azarosas singladuras? El río descubierto por Solís, que, bajando del noroeste alimentaban otros anchos y caudalosos ríos, ¿no se prolongaría por medio de sus afluentes navegables hasta las mismas costas del otro mar ? La pérdida de la **Victoria** y las condiciones poco marineras de la galeota habían cambiado mucho el aspecto de la cuestión. Fuera de que, si de esa vez no se llegaba precisamente a Ofir, ¡qué proeza y qué fortuna las de realizar el descubrimiento del nuevo paso, llevando ya estibados en la cala y arrumados en el puente de las naos españolas los tesoros del Rey Blanco ! ...

- *No es ése mi camino* – repitió Caboto con desabrida indiferencia.

Cuando zarparon, el 21 de febrero, de Santa Catalina, un enjambre de indios e indias, desnudos bajo el sol ardiente, gesticulaban y danzaban en la



ribera. Pero no se vió a los capitanes y el piloto desterrados, que maldecían su suerte y pedían para Caboto los rayos de la cólera divina, disimulándose entre los matorrales, devorados por la ira y la vergüenza de la derrota.

No sorprendió mucho a César ver que Montes, el filósofo Montes, se embarcaba también. Caboto le había alistado por lengua de la expedición, junto con Ramírez y un tal Gonzalo Acuña ... ¡Para ir a Tharsis ! ...

... La galeota seguía deslizándose lentamente en el mar tranquilo ... Pero ¿soñaba el capitán Francisco César, o la capitana de Caboto viraba hacia el sudoeste como si se propusiera ir en

demanda de la embocadura del Mar Dulce? No era ilusión, no, porque el señalero de la capitana tremolaba desde una jarcia sus banderolas, y tras de la **Santa María** del Espinar y casi en su misma estela, seguían el nuevo rumbo primero la **Trinidad**, luego la carabela de Esquivel, por último la galeota **Santa Catalina** ...

Notas de Gerardo Paguro, traductor al francés.

Las cuatro ilustraciones en blanco y negro provienen de « **Los tesoros del rey Blanco. Episodio romancesco de la conquista del Río de la Plata** », in **Caras y caretas**, Buenos Aires, año 29, N°1446, 19 junio de 1926, pp. 161-164.

Vista de **Sanlúcar** en 1567, dibujada por Antonio de las Viñas :

<http://www.antonio.ipastora.com/Linea%20de%20Tiempo/1567/Sanlucar-panoramica-1567.jpg>

Para **Sanlúcar**, ver también « *Los adioses* », capítulo XI de **El Mar dulce** (1927), novela histórica de Roberto J. **PAYRO** :

<http://www.idesetautres.be/upload/PAYRO%20MAR%20DULCE%20CAPITULO%2011.pdf>

La mapa, mencionando la **isla de Santa Catalina**, proviene del probable itinerario de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca desde la isla de Santa Catalina hasta Asunción, sacada de NÚÑEZ CABEZA DE VACA, Álvaro ; **Nafragios y Comentarios**; Madrid, Espasa-Calpe ; 1981, 240 p (Colección « *Austral* », N°304).

Para el **Puerto de los Patos**, ver « *La visión del Mar Dulce* », capítulo XVII de **El Mar dulce** (1927), novela histórica de Roberto J. **PAYRO** :

<http://www.idesetautres.be/upload/PAYRO%20MAR%20DULCE%20CAPITULO%2017.pdf>

La mapa de « *la ruta de S. Gaboto en el Río de La Plata y el Río Paraná* » (1526-1530) proviene de **Historia del Uruguay para uso escolar** (desde la época indígena hasta nuestros días) de Mauricio SCHURMAN PACHECO y Maria Luisa COOLIGHAN SANGUINETTI; Montevideo, Libreros-Editores A. Monteverde ; 1976, p. 42.

ínsulas salomónicas in « *The holy see* » :

https://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/la/apost_letters/1991/documents/hf_jp-ii_apl_19910912_concelebrantes-cum.pdf

« **No quiero gato con pollos ni perro con cencerro** » = « *No te fíes en can que ladra, ni en gato que miaña* ». Ver Françoise Cazal LEMSO ; « *Gatos y gatas en el Vocabulario de refranes y frases proverbiales de Gonzalo de Correas (1627)* », in **CRITICÓN** (Universidad de Toulouse-le Mirail) N°70,1997, pp. 33-52 :

https://cvc.cervantes.es/Literatura/criticon/PDF/071/071_035.pdf

cada raposa cuida de su cola. Aunque muda el pelo la raposa, su natural no despoja. « *Cada raposa mira por su cola* » - Refrán Español.

Refranes y Frases de Raposa - Buscar Refranes

<https://www.buscapalabra.com/refranes-y-dichos.html?tema=raposa>

OBRAS DE REFERENCIA.

Jean-Pierre **SÁNCHEZ** ; « *La cité des Césares* », chapitre XXXIII (volume 2, pages 729-762 + notes aux pages 833-837) in ***Mythes et légendes de la conquête de l'Amérique*** (Rennes, Presses Universitaires ; 1996, 953 pages, 2 volumes) : <http://www.idesetautres.be/upload/SANCHEZ%20CITE%20CESARES%20MYTHES%20LEGENDES%20CONQUETE%20AMERIQUE%20CHAPITRE%2033%20PUR%201996.pdf>

La leyenda de los Césares Ricardo E. Latchman (1929 ; "Revista Chilena de Historia y Geografía")
Sus orígenes y evolución
El origen de la historia
Segunda parte del desarrollo de la leyenda
La leyenda de los españoles perdidos
Las expediciones de búsqueda en el siglo XVI
La leyenda en el siglo XVII
El siglo XVIII
El estado actual de la leyenda
Conclusiones del autor

<https://pueblosoriginarios.com/textos/cesares/cesares.html>

DICCIONARIO DE PERSONAJES.

Sebastián **Caboto** (1477-1557). Ver : **MEDINA**, José Toribio ; ***El veneciano Sebastián Caboto, al servicio de España y especialmente de su proyectado viaje á las Molucas por el Estrecho de Magallanes y al reconocimiento de la costa del continente hasta la gobernación de***

Pedrarias Dávila ; Universidad de Chile ; 1908, 678 p. :

<https://ia601407.us.archive.org/35/items/elvenecianosebas01medirich/elvenecianosebas01medirich.pdf>

Rodrigo de **Acuña** : in **El veneciano Sebastián Caboto**, op. cit. ; pp. 139, 142-143, 147-148, 153, 162, 188, 261-264.

Francisco **César** (14 ??-1538) : in **El veneciano Sebastián Caboto**, op. cit. ; pp. 94, 98, 105, 128-129, 145, 154, 163-164, 192-198, 201, 218, 229-230, 234-237, 247, 270, 277, 296, 300, 311, 315.

En 1528 Francisco **César** y un grupo de compañeros realizaron una expedición al interior de la actual Argentina, siendo la primera vez que los europeos se internaron en la región central del país. La expedición fue parte del viaje de Sebastián Caboto a las islas Molucas, que desvió su ruta y se internó en la cuenca del Plata. César y sus compañeros originaron la leyenda de la mítica Ciudad de los Césares al relatar que habían visto una ciudad en la que abundaba el oro y la plata. Ver :

https://es.wikipedia.org/wiki/Expedici%C3%B3n_de_Francisco_C%C3%A9sar

« *Francisco César, conquistador de Antioquia* » :

<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/ilustre/ilus20.htm>

Guillaume **CANDELA** ; **Domingo Martínez de Irala** (p. 14) :

https://www.academia.edu/8980924/Domingo_Martinez_de_Irala_el_protagonista_de_la_historia_de_la_conquista_del_Paraguay_entre_1537_y_1556

Ver también « *Conversación de soldados* »,

capítulo 3 del libro 1 de *El capitán Vergara* (1925), novela histórica de Roberto J. **PAYRO** :

<http://idesetautres.be/upload/PAYRO%20CAPITAN%20VERGARA%20CAPITULO%203%20LIBRO%201.pdf>

<http://www.idesetautres.be/upload/CAPITAN%20VERGARA%20PAYRO%20INDICE%2046%20CAPITULOS%20CON%20ENLACES%20INTERNET.pdf>

Francisco **César**. Voir, e. a. :

Guillaume **CANDELA** ; *Conquête Paraguay* , (p. 18) :

https://www.academia.edu/8981128/La_Conque_te_du_Paraguay_a_tra_vers_les_letters_de_Domingo_Martinez_de_Irala_1545-1555

Paola **DOMINGO** ; *Naissance d'une société métisse* (p. 56) :

<http://books.openedition.org/pulm/523?lang=fr>

Juan **Díaz de Solís** (1470-1516)

TORIBIO MEDINA, José ; *Juan Díaz de Solís. Estudio histórico* ; Santiago de Chile, impreso en casa del autor ; 1897, CCCLII + 252 p. (segundo libro : documentos y bibliografía)

<http://booksnow1.scholarsportal.info/ebooks/oca9/32/juandazdesol00medi/juandazdesol00medi.pdf>

Ver también *El Mar dulce* (1927), novela histórica de Roberto J. **PAYRO** :

www.idesetautres.be

« *Juan Díaz de Solís, Découvreur du Rio de la Plata* » :

<http://www.americas-fr.com/histoire/solis.html>

Ver también *El Mar Dulce* (1927), novela histórica de Roberto J. **PAYRO** :

<https://www.idesetautres.be/upload/PAYRO%20OMAR%20DULCE%20INDICE%20CON%20ENLACES%20INTERNET%20%20CAPITULOS.pdf>

Esquivel O Esquibel, Hernando de : in ***El veneciano Sebastián Caboto***, op. cit. ; pp. 108, 240.

Juan **Gómez** : in ***El veneciano Sebastián Caboto***, op. cit. ; pp. 95, 113, 114, 120, 132, 181, 189, 245.

Martín **Méndez** : in ***El veneciano Sebastián Caboto***, op. cit. ; pp. 67-68, 71-73, 76-79, 82-84, 93-96, 98-99, 101, 105, 109-115, 121, 124, 132-133, 148, 150-156, 158, 172, 187-188, 190, 205, 213, 218, 227, 240-241, 246, 256-258, 266, 272, 287, 294, 296-298, 301, 304, 307, 313, 315, 320.

Enrique **Montes** : in ***El veneciano Sebastián Caboto***, op. cit. ; pp. 139-143, 145, 147-148, 153, 167, 213, 236, 250, 261-267, 280, 283, 299.

Melchor **Ramírez** : in ***El veneciano Sebastián Caboto***, op. cit. ; pp. 140-143, 145, 147, 153, 266-267, 283-284.

Miguel de **Rodas** : in ***El veneciano Sebastián Caboto***, op. cit. ; pp. 67-68, 77, 93, 95-96, 100, 110-111, 115-117, 120-121, 124, 129, 133, 145, 150, 154-156, 172, 187-188, 213, 218, 227, 240-241, 246, 258, 266, 272, 286-290, 294, 296, 304.

Francisco Roxas o de **Rojas** : in ***El veneciano Sebastián Caboto***, op. cit. ; pp. 9, 70, 73-74, 79, 85, 93-95, 97, 107, 109, 111-115, 119-120, 124-133, 139, 143-144, 146-147, 149-150, 152-156, 172, 182, 187-188, 213-216, 224, 227-228, 230, 232-233, 235, 240-242, 244, 246-248, 255, 257-258, 260, 267, 272, 274, 278, 286, 288-289, 292-297, 304, 306, 308, 311-313, 315, 320.